

tengo hogar sobre la tierra.... mi habitación está allá junto á mis camaradas; yo he visto mi lápida, he leído en ella mi nombre, he tocado con mis manos las coronas que esa mujer me mandó empapadas en lágrimas ¿para qué quiero más?

En la misma noche se volvió al pueblo, al triste pueblo donde lo fusilaron; se arrojó en los brazos de la santa mujer que le cuidaba con tanta ternura, le cubrió de besos las manos y se despidió de ella para siempre.

Con otro nombre y con nueva familia se estableció después en suelo extraño y cuando sentía ímpetus de volver á la patria exclamaba con profunda filosofía: ¿qué puedo hallar en ella? allí está mi sepulcro y acaso las últimas hojas de las coronas que me mandó empapadas en lágrimas mi.... viuda.

¡POBRE PESCADORA!

Llebadme á los días de inolvidables venturas, á aquellos que caldeaba el sol de España, menos ardoroso que mi corazón de joven; los que embellecieron las rosas brotadas en las márgenes del Guadalquivir y del Darro, menos encendidas que mis ilusiones á los 24 años.

Hay impresiones tan hondas, que no las borran del alma el tiempo, ni la distancia.

¡Ojalá que ciertas fechas y ciertos nombres, aparecieran en la memoria como esas letras torcidas y esos números malhechos en los pizarrones de la escuela,

que con una esponja húmeda los borra el primer niño que se levanta á dar la lección nueva!

¡Cuántos nombres y cuántos números habría ya borrado, dejando solamente los que me hablan en voz tan baja, que los demás no la sorprenden y tan alta, que mis oídos no pierden una sílaba!

Cada hombre tiene su filosofía propia; unos sienten y olvidan; otros ni sienten, ni olvidan; otros, los más felices, olvidan lo amargo, lo triste, lo tenebroso y recuerdan lo que embriagó su espíritu y conmovió su corazón por algunos días. Es una inmensa fortuna ser insensible. Hay veces en que yo, que no envidio nada, porque á nada aspiro, me siento inclinado á envidiar á los egoístas. Tengo el defecto, la debilidad, el pecado de haber nacido sensible y por más que lo procure á todo trance, no puedo cambiar mi organización y mis tendencias. ¿Qué he de hacer á estas alturas? Soportar las consecuencias, sin esperanza de corregirme.

El mes de Agosto de 1879, estaba yo en uno de los puertos de España, cuya playa es la más buscada por su amplitud y su hermosura en la estación balnearia.

Un calor africano me obligó á salir de Madrid y en verdad que en el puerto que elegí, reinaba la más fresca y agradable de las temperaturas.

En el Hotel de los Cisnes, habitábamos muchas gentes y muy pocas personas, pero reinaba entre todas fraternal amistad y juntos y felices, íbamos á la hora del reglamento á hundirnos en las ondas verdosas, más para cumplir con el objeto de nuestro viaje, que para solazarnos, pues no le encuentro encanto á sumergirse vestido dentro de una agua que deja la piel áspera y pegajosa y que en cada vez que penetra por la boca y por la nariz, recuerda la esponja que le ofrecieron á Cristo.

Pero en esto estriba lo principal de los atractivos

que completan la delicia de la temporada. Eso de ver cambiadas en sirenas y nadar junto á nosotros, envueltas en la misma ola á las más bellas y elegantes amigas, no es un grano de anís; aunque bien podría cada una pasearse fuera del agua y delante de todo el género humano, seguras de que las telas y el color del uniforme balneario, no permiten apreciar ni presumir la morbidez de los contornos.

¡Risueño panorama es el que ofrecen los cuartuchos de madera, colocados en filas paralelas, sin otra alfombra que la arena, cubierta de espuma!

Por las tardes pocos iban á este sitio y yo me sentaba sobre unos peñascos á mirar cómo llegaban una tras otra con sus blancas velas desplegadas las lanchas pescadoras.

Esperábanlas en la orilla varias mujeres que se entretenían tejiendo sentadas sobre grandes piedras ó en banquillos de madera, moviendo algunas con la punta del pie, las cunas en que dormían los bebés, gruesos y encarnados, con las cabecitas envueltas en esos pañuelos de yerbas que en México llamamos paliacates.

Á semejanza de las blancas palomas que matizan como vellones de nieve el manto veraniego de un campo, aparecían las lanchas balanceándose sobre el oleaje obscuro, y era de ver al entrar la noche cómo encendían los pescadores sus fogatas, amarraban las barcas, sacaban las redes y se iban con sus mujeres camino de la montaña.

Cuántas veces recordé estos descriptivos versos de mi inolvidable, de mi siempre llorado maestro Altamirano.

Entre el capuz de tenebrosa noche
Se ha perdido á lo lejos la montaña,
Del pescador la lumbre en la cabaña
Pálida y triste fulgurar se vé.

Las aves van con sosegado vuelo
Entre las rocas á buscar su nido,
Y un tumbo de la mar enfurecido
Su espuma arroja hirviendo á nuestro pie.

Una tarde, cuando el sol en ocaso teñía de rojo las olas, una en pos de otra, las lanchas llegaron y así que no había nadie sobre la playa, que surgió la luna en llena y las fulgentes estrellas se retrataron en la mar dormida, observé que se quedaba, muda y sola, como estatua sentada sobre las rocas, una mujer con la cabeza sepultada entre las manos.

Me acerqué á ella y le pregunté cortésmente:

— ¿Podríaís decirme cuál es el camino más corto para llegar á la plaza principal del puerto?

Alzó perezosamente la cabeza; abrió los ojos como quien sale de un largo sueño, y repuso:

— El puerto es tan pequenito que todos los caminos son cortos para llegar al centro. Sobre esa mar tan grande querría yo encontrar un camino por donde pudiera llegar muy pronto lo que espero.

— ¿Esperáis algún barco?

— Sí, una barquilla.

— ¿Salió hace mucho tiempo?

— Más de un año.

— ¿Y cómo no ha vuelto en plazo tan dilatado?

— ¡Pobre Amaro mío! Hacía cuatro meses que nos habíamos casado y yo se lo decía todas las mañanas; no te metas de nuevo en esa mar traidora que á la hora menos pensada te devorará para siempre y me dejará llorando; pero ¿en qué otra cosa había de trabajar el pobrecito, si no en el oficio de pescador que le enseñaron su padre y su abuelo?

— Podrá ser que vuelva.

— Acaso no vuelva nunca; el mar se lo llevó al otro mundo y aquí estoy yo sola, abandonada, creyendo que alguna tarde vendrá en su lancha como

vienen Lucas, Esteban, Baldomero y todos sus compañeros.

Y la mujer lloraba á lágrima viva.

— Pero yo creo que aun estáis segura de que vive ?

— Segura, no, Dios solo sabe dónde y cómo estará el dueño de mi alma, pero tengo conmigo á la Virgen que él llevaba en un escapulario sobre el pecho y ella me infunde la fe y la esperanza de volver á verlo. — Al emprender cada viaje me decía : « dejo contigo á la *indita*, ella me traerá por mucho que se retarde mi barca ; será tu mejor amiga y tu más amorosa compañera ; cuando vaciles, cuando desconfies, reza con gran devoción á mi protectora.

— ¿Habéis dicho la *indita* ? pregunté con curiosidad.

— Sí, señor, la *indita* ; así la llamaba mi marido ; es una virgen morena que conoció en América cuando en clase de sargento se fué con el General Prim á la Veracruz. De allí pasó á Orizaba y en esa ciudad cayó enfermo de calenturas que lo pusieron á orillas del sepulcro, habiéndose salvado por las atenciones que le prodigó una familia y por la protección de la Virgen que veneran los naturales del país.

— ¿ Recordáis el nombre de esa Virgen ?

— Sí, está escrito al pie de la imagen, y mostrándome el escapulario agregó : se llama la Virgen de Guadalupe.

Yo no sé lo que sentí en aquellos momentos, y téngase presente que están muy claras y definidas mis ideas á este respecto ; pero al fulgor de la luna que argentaba una mar y una playa extranjeras ; lejos del hogar donde mi anciano padre sufría enfermo ; pisando tierra española y con los recuerdos de mis primeros años vivos en el corazón y en la memoria, sentí algo inexplicable, tomé aquel escapulario, lo oprimí sobre mi pecho y dije : — Esta es la Virgen de Guadalupe de México y hacía bien vuestro esposo

en llamarla *indita*, porque es la adoración de millares de almas, allá... muy lejos... en las Indias Occidentales.

Y en aquel momento, no vi la luna cabrilleando en las olas, ni las rocas vestidas de musgo, ni la mujer llorosa y abandonada en la pintoresca playa ; vi á través de la distancia una tierra toda mía, unos indios desnudos que me parecían hermosos á la luz del recuerdo ; un hogar con mi madre y mis hermanos rezando delante de esa misma Virgen y sobre esa tierra, sobre esos indios, sobre ese hogar lejano, un heroico sacerdote coronado de canas, de semblante dulcísimo, de mirada de apóstol, empuñando el estandarte en que aparece esa Virgen *indita* coronada y rodeada por los rayos del sol y que tiene la faz morena como el trigo y dulce como los sueños de la inocencia. Ese anciano era el cura de Dolores gritando ¡ viva México ! ¡ Viva la Independencia ! ¡ Viva la Virgen de Guadalupe !

— Esa Virgen es mi paisana, dije á la mujer llorosa, hace todos los milagros, pues hizo el de darnos patria á los mexicanos y por eso á todos los que allí nacemos nos llevan de niños al pie de la colina donde tiene su templo. Allí llegamos guiados por nuestras madres en los días serenos de la infancia para ofrecerle en su altar aromas y flores.

— ¿ Y ella me volverá á Amaro ? Hace tres años que lo espero.

— La Virgen de Guadalupe, respondí en un arranque de patriotismo, tiene poder para todo ; es la que amparó al libertador de un pueblo heroico, y para mí es la más bella de todas las Vírgenes del Universo.

— ¿ Sois un católico muy ferviente ?

— Soy mexicano, ausente de la Patria, y se avivan mis sentimientos de tal suerte mirando esta imagen, que comprendo al aragonés que decía : yo no creo en nada, soy ateo, pero al que me hable mal de la Virgen del Pilar, le pego un tiro.

— Permittedme que en nombre de mis recuerdos deposite un beso en vuestro escapulario.

La mujer se desprendió del cuello la envejecida y sucia prenda, la puso en mis manos, y sin avergonzarme de aquel arranque íntimo, besé la histórica imagen.

Creí en tal instante escuchar en mi derredor un coro angélico. Era que besaba muy lejos de la Patria, del hogar y de mis amigos, el Estandarte de Hidalgo, la frente de mi madre y de mis hermanos que había visto alzarse con júbilo en el templo del Tepeyac los días 12 de Diciembre, á recibir la bendición de la protectora de Juan Diego; era que besaba todos los recuerdos de mi niñez, todos los nombres de mis amigos íntimos, toda la poesía y la esperanza del nuevo culto de la raza indígena, que cree que esa virgen de tez morena y ojos negros es su amparo y su defensa.

Anochece. El panorama que se extendió ante mis ojos necesitaba ser copiado por los pinceles mágicos que buscan matices y contrastes en lo intenso de las sombras.

La pescadora, con la mirada fija en lo alto, contemplaba un astro radiante: Venus, (*Maris Stella*) como interrogándole sobre su infortunio.

— Me voy — le dije — idos á recoger que ya es muy tarde.

— ¿Que me vaya? Si para mí el día se ha hecho para llorar y la noche para sufrir, ¿quién me asegura que Amaro no vendrá esta noche? Y qué tristeza tan amarga le causaría no encontrarme, cuando soy la única que ha de recibirlo en sus brazos.

— ¡Dios mío! me dije, esta mujer es una loca. Un año de esperar una lancha y no cansarse de la tarea.

Después la he disculpado. Yo, sobre la roca en que se rompe en desengaños, en decepciones y tristezas el oleaje de la vida, espero desde niño la barca que

ha de traerme la felicidad que ambiciono. Espero sin cansarme y la barca no llega todavía....

¡Pobre pescadora! Ella, como yo, anhela que aparezca de un momento á otro lo que nadie tiene. lo que á nadie corresponde, eso que á buen tiempo borra el insondable abismo de la eternidad, para nunca devolverlo á la tierra.

Nadie quiere sentirse aludido en el verso del inmortal Dante:

¡*Lasciate ogni speranza!*

COINCIDENCIAS

RIGUROSAMENTE HISTÓRICO

Los que lean esto que voy á contarles, me supondrán vulgar ó loco, embustero ó visionario, pero juro por mi ánima que es cierto y que viven muchos testigos honorables que pueden repetirlo.

El hecho es sobrenatural y raro; pero tantos hay así en el mundo, que nos conformamos con llamarlos casualidades, coincidencias ó fenómenos misteriosos, sin inquirir las causas, porque no nos importan, ni referírselos á nadie para que no se nos rían en las barbas.

Y vamos al caso, que bien merece contarse sin preámbulos:

Á raíz del triunfo de la República en 1867, los poetas y los escritores que habían combatido por la causa de Juárez, dejaron en paz las armas y sacudiendo sus lirás ó sus péñolas, que por citar epítetos inútiles, no

hemos de quedarnos atrás de nadie, con gran entusiasmo cantaron, como las aves á la aurora, el renacimiento de la libertad y del progreso de su patria.

El General Riva Palacio, que no bien entró triunfante el ejército Republicano, pidió como Aureliano Rivera, Cosío Pontones y Rosalío Flores, su licencia absoluta, pues ya no les quedaba como soldados ninguna misión pendiente, dando así pruebas de desinteresado patriotismo, se puso á escribir esa serie de novelas, que por su florido estilo, los hechos que en ellas se describen y las épocas antiguas en que acontecen, son todavía la delicia de muchos lectores.

Juan A. Mateos, con esa volcánica imaginación que Dios le ha dado, por más que se la atribuyan al diablo cuantos se espantan de su energía liberal y de sus avanzadas convicciones, escribió á la vez novelas históricas que corrían de mano en mano, como que en sus páginas hervía el interés de los más recientes sucesos.

..

Los escritores historiaron lo que más gustaba al pueblo. Riva Palacio en « Monja y Casada », « Martín Garatuza » y « Las dos Emparedadas », retrató á la Inquisición con todos los más ignorados pormenores y en « Calvario y Tabor », pintó con mano maestra los sufrimientos, las luchas y las esperanzas de los guerrilleros liberales en la épica guerra de la intervención francesa. En D. Guillem de Lampart (Memorias de un Impostor) enarró el loco ensueño de un visionario que quiso ser rey de México hace algunos siglos y en « La Vuelta de los Muertos » describió la expedición de Cortés á las Hibueras.

El pueblo esperaba ansioso cada entrega de esas novelas y las devoraba con gusto.

En todas partes « El Cerro de las Campanas » de Mateos obligaba á conversar sobre secretos amores

del infortunado Maximiliano; « El Sol de Mayo » popularizaba la gloriosa jornada que inmortalizó á Zaragoza, y « Sacerdote y Caudillo » era el libro en que se aprendía á amar á Hidalgo y á sus gloriosos compañeros los insurgentes.

Pero vamos al caso y no divaguemos. Riva Palacio ha tenido siempre la costumbre de dictar sus creaciones, y el 6 de Enero de 1888 rodeado de varios amigos en su biblioteca, dictaba á un amanuense el capítulo pendiente que esperaban con impaciencia en la imprenta para que saliera en la entrega que se debía á los subscriptores.

No recuerdo de qué novela se trataba, pero en ella se describía por inventiva, pues no existían constancias ciertas, el auto de fe de una de las Carbajales, que según es sabido de todos, fueron quemadas por herejes en el primero ó segundo siglo de la dominación española.

— Quiero un nombre para este personaje — dijo Riva Palacio.

— Pues hoy es día de los Reyes — le respondió alguno — y se le puede poner Melchor, Gaspar ó Baltasar, los tres son armoniosos.

— Baltasar le pondremos; pero hay que darle apellido.

— Póngale usted, General, el de aquel gigante cuyo retrato se conserva en el Museo y que salía en las procesiones llamando la atención de todos por su elevadísima estatura.

— ¡Salmerón!

— Eso es, Salmerón; fué muy conocido del General Guerrero.

— Como que era del Sur; me gusta el apellido, pero hay cacofonía en esto de Baltasar Salmerón; el sar, sal, disuena mucho.

— Inmortalice usted el nombre de este flaco Rodríguez é intercáleselo para mayor prosapia.

— Ponga usted, dijo el General á su amanuense, que al llegar la hereje al quemadero se presentó un hombre llamado Baltasar Rodríguez de Salmerón tan fanático y tan malo...

— ¿Qué va usted á hacer, Vicente? preguntó el güero Medina.

— Nada, que ese Salmerón, al mirar agotada la leña del quemadero, se ofreció á llevar toda la que tenía en su casa para que tostaran con ella á la pobre sentenciada.

— Está bueno.

— ¿No le parece á usted que da golpe?

— Ya lo creo.

— Escriba usted — agregó Riva Palacio — « ... tan fanático y tan malo que notando que se había consumido gran parte de la leña de la hoguera y que la que aun quedaba no alcanzaria para el castigo, ofreció llevar la leña que guardaba en su casa, oferta que fué aceptada con placer por los verdugos... »

Se acabó el capítulo; se llevaron el original á la imprenta; se publicó en el día señalado la entrega de la novela y corrieron los años.

..

Un día, el memorable Don Joaquín Cardoso, que fué Director de la Biblioteca Nacional, envió al General, Riva Palacio dos cajones cerrados y sellados por el Santo Oficio, conteniendo ignorados documentos á fin de que los revisase el General, á quien tanto gustaban, entretenían é interesaban esos papeles.

Riva Palacio por sus múltiples negocios dejó abandonados por algunos meses aquellos antiguos cajones, pero llegó el día en que se resolvió á abrirlos, y algunos de sus amigos le acompañaron en la tarea.

Registró uno por uno los documentos y se encontró al fin con algo que le sorprendió grandemente: la

causa de una de las Carbajales; la misma de que se había ocupado en la novela.

— Aquí fué Troya, dijo el General, vamos á comparar lo real con lo imaginario y á reír de buena gana.

Leyó algunas páginas, y al llegar á la acta de la ejecución se encontró con esto que nos hizo leer sorprendidos:

« E aconteció que llegando al Quemadero é habiéndose consumido la leña, acercóse un home llamado Baltasar Rodríguez de Salmerón, ofreciendo traer más leña de la que guardaba en su aposento... »

Y no puedo describir la sorpresa de todos, que no pudimos ó más bien dicho, que no quisimos explicar el caso y le llamamos una casual coincidencia.

El General riéndose con la naturalidad de un niño, nos decía: Pues de estas ocurrencias tan chistosas, ya me han pasado varias en la vida.

— Los espiritistas lo explican fácilmente, exclamó uno de los amigos del General.

La tarde estaba húmeda, comenzaba á obscurecer y oímos todos un ruido extraño por un ángulo de la biblioteca de Riva Palacio.

Allí, en un caballete de palo, estaba la silla vaquera que el Príncipe Maximiliano usó en Querétaro.

— Sí, agregó el General, los espiritistas todo lo explican; aquél fuste se está contrayendo por la humedad de la atmósfera, y ellos dirían que lo está jinetando el espíritu de Maximiliano.

Una carcajada unánime respondió á esa frase, y ya nadie volvió á tratar de encontrarle explicación á tan raras casualidades.

EL LIBRO DE CARNE

HISTÓRICO

En los días de la florida juventud, nos congregábamos algunos estudiantes para luchar unidos buscando un porvenir grato.

Quién miraba en la poesía el paraíso de sus ensueños y se pasaba las horas leyendo á los clásicos latinos y españoles: quién con su libro de texto en las manos dábale al estudio con tesón tan arduo, que lo enfermaban las vigiliás; quién soñando en próximas revoluciones, anhelaba salir á campaña para conquistar una banda de general, y quién, por último, entregado al dulce abandono de los primeros años, veía en su derredor trascurrir y perderse las horas, como se pierden en el ambiente las azules espirales del humo de un cigarro.

Es hermoso cuando se ha vivido recordar esta especie de fermento de la juventud que aun no define su situación social ni su manera de ser propia y clara.

Éramos una legión de desheredados. Unos tenían sus hogares á muchas leguas de la Metrópoli, otros estábamos peor que ellos, pues nuestras familias habían caído en la desgracia, y poco ó nada nos hubieran dado si no contásemos con esa providencia que entre nosotros se llama *beca*, y que no es otra cosa que el pan y la instrucción otorgada gratuitamente por el Gobierno.

En aquel grupo, los que soñábamos en ser poetas éramos los menos aplicados, pues en cuanto se escribe el primer verso, se olvida la cátedra, estorban

los libros de texto, se desconoce á los maestros y se vive pensando en Homero, en Dante, en Shakespeare, en Cervantes, en el último romance publicado por algún literato de renombre, en el soneto de fulano, en la improvisación de mengano, en fin, en todo menos en los exámenes.

Y recitando sonoras estrofas, escribiendo á la novia sentidas espinelas, consagrandole á la patria rimbombantes serventesios, llega el mes de Octubre, amarillean y caen marchitas las hojas de los árboles, se escucha en la noche el monótono grito de los vendedores de castañas asadas y se fijan en los muros del colegio las listas de los que han de sustentar examen con tiempo sencillo ó doble, según la exacta ó ninguna puntualidad con que se haya concurrido á las cátedras.

Era esta la época de nuestros graves apuros porque, queríamos andar en pocas horas un camino que exigía nueve meses de fatigas.

Hay que confesar que muchos *pasábamos*, como dicen los estudiantes, es decir, salíamos aprobados con vergonzantes calificaciones que sólo nos servían para trasladarnos á otro curso, pero no para ir acreditando nuestro nombre en la carrera que comenzábamos.

Nuestra fiebre literaria era como la tisis y como las ermitas, no tenía cura, y los estudiosos, los que con toda serenidad pensaban en ser algún día médicos, ingenieros, abogados, es decir, hombres de carrera, nos veían como á leprosos, como apestados y sólo nos toleraban en las horas de ocio, para que los distrajeramos con cualquier chascarrillo, con algún cuento de color subido ó con alguna poesía entusiasta y conmovedora.

Los llamaban de vez en cuando así como se llama

al cilindro callejero que toca en la esquina el aria de Lucía ó el brindis de Traviata y á la hora seria, en los días de exámenes, nos miraban con desdén y con lástima, porque mientras ellos sacaban primeras y honrosas calificaciones, nosotros si bien salíamos, apenas alcanzábamos una humillante mayoría. Y esto de sacar mayoría es salir reprobado por un voto, por más vueltas que se le dé á la cosa para endulzarla ante la conciencia.

Pues bien, y para no alargar con reflexiones filosóficas inútiles este cuento, diré, que un grupo de esos soñadores en verso preparaba allá al terminar el año, su examen de anatomía descriptiva.

Era preciso estudiar más que el libro de papel, el libro de carne, es decir, el cadáver. Y pocos habituados estaban á manejar el bisturí y á manosear las heladas vísceras de un muerto los que sólo se habían ocupado en cantar la sonrisa de Elena ó los amargos desdenes de Laura.

Entre ascos y pudores, resolvieron aquellos poetas en agraz á subir una noche al anfiteatro de la Escuela, pues estaba tendido en la plancha con los brazos cruzados sobre el tórax el enorme cadáver de uno de esos desconocidos que lanzan el último suspiro en la cama de un hospital y pasan á ser primero pasto de los practicantes de medicina y luego de los gusanos en un cementerio municipal.

Contando los poetas con que ya tenían materia para sus experimentos, proveyéronse de una mala bujía colocada en ancha palmatoria de latón y al toque de ánimas, salieron al anfiteatro para velar estudiando con provecho.

Llegaron, ó por qué no he de decirlo con franqueza, llegamos con ese recelo que la sombra de la noche y

de la muerte inspira á los neuróticos y á los visionarios.

Allí estaba rígido, mudo, enorme, el cadáver que iba á servirnos de libro.

No había otra mesa que la plancha y antojóse á uno de los compañeros colocar la bujía sobre la mano que tenía extendida en el vientre el infeliz que iba á ser destripado.

Todos aprobaron aquella medida porque en efecto, desde ese sitio, la llama derramaba más luz sobre aquel cuerpo inanimado.

— Estudiaremos la articulación escapulo humeral, dijo alguno y esto quería decir: estudiaremos el hombro en su ligamento con el brazo.

— Sí, sí, interrumpió otro, yo estoy muy bota en esa articulación.

— ¿Quién toma el bisturí?

— Fulano.

— No, mengano.

— Yo lo tomaré, dijo el que era tenido entre nosotros por el más adelantado é inteligente.

Con un arrojito digno de Nelaton, después de haberse remangado el puño de la camisa, metió el cuchillo en el lugar que le convino, cortó con garbo y en un decir Jesús, vimos moverse y caer de un lado el brazo del muerto, y como en la mano tenía puesta la palmatoria mandó esta al suelo, apagándose la vela.

— ¡Qué bárbaros! gritó alguien, este hombre está vivo.

Oír esto y echar á correr todos buscando la puerta, fué obra de un segundo, y aún me acuerdo con cuánto pavor nos atropellamos en la escalera, hasta mirarnos en el corredor y respirar allí el aire libre sin que se nos curara el susto.

— ¿Qué les pasa? nos dijo un compañero muy estudioso y que se reía de los poetas en ciernes:

— Que el muerto del anfiteatro está vivo.

— ¡ Imposible !

— Vamos á verle.

Temblando y paso á paso, entramos de nuevo al anfiteatro, buscando con un cerillo la vela consagrada.

En cuanto nuestro compañero dispuso de luz suficiente y examinó con detención el caso, soltó una estridente carcajada, y nos dijo.

— Hermanos, no se examinen porque los reprueban. Están muy aventados.

Pusieron la palmatoria sobre este brazo que estaba en una posición forzada, en la cual lo conservó la rigidez cadavérica, pero en el momento en que han cortado el músculo que le sujetaba, cayó á plomo y con él la bujía ; esto es todo.

— ¿ No está vivo este hombre ? preguntó temblando un compañero.

No, repuso el otro ; ustedes son los que están muy *botas* y yo les aconsejo que mejor se vayan á sus cuartos á escribir versos que á venir á cometer barbaridades que no tienen ejemplo.

Y cariacontecidos y avergonzados nos fuimos, comprendiendo que Dios no llamaba á todos los de aquel grupo por el camino de las recetas y de los cáusticos, pues si entonces creíamos á los muertos vivos, á cuántos vivos habríamos matado después impunemente.

EL LIBRO DE HUESO

Una tarde lluviosa y tristísima del mes de Julio de 1872, entré al cuarto número 13 del primer piso del

segundo patio de la Escuela de Medicina, en busca de mi constante compañero de ensueños ; de mi admirado y fraternal confidente en las aciagas luchas de la vida ; de mi amigo del alma, cuyo nombre escrito con caracteres de luz, campea y resplandece en el cielo de las glorias patrias : del poeta Manuel Acuña.

Había en aquel cuartó un catre de hierro, con delgado colchón envuelto en viejo y hermoso sarape del Saltillo y con una gran almohada que servía más bien de respaldo á cuantos allí querían en moruna postura leer versos ó escuchar los del autor del « Pasado. » Había también algunas sillas desvencijadas y cojas que obligaban á estudiar las leyes del equilibrio, y una mesa de noche sustentando enorme cafetera que pocas veces dejaba de estar en ebullición ; una cómoda negra que hospedaba muchos papeles y poca ropa ; una tosca mesa de pino, sin pintura ni carpeta, sobre la cual, entre una botella de tinta, una fila de libros y un enmarañado conjunto de folletos, se destacaba un cráneo humano, es decir, lo que el vulgo llama ; una calavera.

Aquel cráneo, que alguno debe de guardar todavía, era el tesoro, la principal riqueza del dueño del cuarto. Su historia no deja de ser interesante. — Acuña se encontró un día en el anfiteatro de la Escuela un cadáver recién traído del hospital y que le sorprendió por sus enormes dimensiones. — Mira, le dijo al *Pelón*, (así llamábamos al criado encargado de traer del hospital á la Escuela y llevar luego de la Escuela al cementerio los *muertos* destinados á la plancha), — mira qué ejemplar tan hermoso ; prepárame este cráneo y yo te lo pagaré como quieras. Al cabo de algunas semanas el *Pelón* entregó al inolvidable estudiante, un hermoso cráneo, limpio, blanquísimo, casi pulimentado y que como vulgarmente se dice, daba gusto mirarlo.

Acuña me lo enseñó y me dijo : ¡ éste será mi mejor

álbum! ya verás cuántos envidiosos ha de tener antes de dos meses.

Á las pocas noches — me acuerdo como si lo viera — nos reunimos en el cuarto ya descrito varios amigos íntimos del poeta.

Dos ó tres tazas toscas sirvieron para que todos tomáramos café, aquel espeso café que llamábamos « el néctar negro de los sueños blancos » con sus gotas de aguardiente catalán que era á su vez « el néctar blanco de los sueños negros. » Cuando nuestras imaginaciones ya estaban excitadas, Acuña sacó de su cómoda con la gravedad de un mago que va á enseñar un amuleto, el cráneo concebido y nos dijo: aquí está mi álbum, blanco y limpio, nadie saldrá de este cuarto sin haber escrito sobre él un pensamiento.

— Comienza tú, gritó alguno.

— Gracias, venga una pluma y daré el ejemplo.

Antes de diez minutos el cráneo ostentó sobre su desnudo frontal la siguiente cuarteta:

Página en que la estingue de la muerte,
Con su enigma de sombra nos provoca:
¡Cómo poderte descifrar, si es poca
Toda la luz del sol para leerte!

Un aplauso estridente resonó en la estancia y Acuña lo interrumpió, diciendo: — Pero esto es muy serio y es preciso que haya también algo que rompa la monotonía de lo fúnebre.

— Tienes razón, contestó Cuenca; inicia tú el estilo festivo en ese libro de hueso.

Y Acuña, arrojando una bocanada de humo, volvió á tomar el cráneo y con letra muy clara escribió sobre

el borde de la cavidad de un ojo: « Dios y Compañía, ópticos. »

Entre las risas y los comentarios, alguno le arrebató el álbum y escribió:

Aquí donde libre el viento
cruza con triste gemido,
se albergaron el sonido
y la luz y el pensamiento.

Hueso tosco, que en mis manos
causas tristeza y horror:
¿qué son la fe y el amor
entre el polvo y los gusanos?

¡Ah! exclamó alguien, esto es muy filosófico; y tomando el álbum escribió sobre el maxilar superior:

Los besos de amor que di
en dulce y lasciva red,
con carne y todo perdí:
y esto que me pasa á mí
tendrá que pasarle á usted:

— Bravo, eso es verdad; bravo, chico.

Otro escribió dentro de las cavidades de los ojos, abarcando las dos órbitas: ¡Apaga y... vámonos!

Un festivo escribió con grandes trabajos en la bóveda palatina:

« Dentaduras automáticas á perpetuidad.

¡Se ponen gratis... »

Y en un abrir y cerrar de ojos se llenó de pensamientos aquel despojo humano.

Manuel Flores, hoy médico insigne, sabio filósofo y erudito polemista, escribió con grandes letras:

« Mi porvenir. »

Y Manuel M. Flores, el gran poeta, puso más tarde:

« Mañana: espérame. »

Aquella noche se improvisaron versos, se dijeron discursos extravagantes, se habló de la gloria, del porvenir, de la vida... de tanto.....

..

Cuando se dispersó el grupo ya muy pasada la media noche, Acuña quedó solo conmigo; vertió un poco de borato de sosa en la lámpara de alcohol, la encendió luego y la puso junto á su álbum.

¡Cómo se destacaban en la blancura del cráneo pulido, tantos pensamientos recientemente escritos y cuyos caracteres parecían danzar con las oscilaciones de la vercosa llama!

— Todo se transforma, exclamó el poeta. — Antes le hervirían por dentro los pensamientos, ahora los tiene por fuera... mira cómo saltan, cómo suben, cómo se deslizan, cómo se van...

Cogió después entre sus manos aquel objeto extraño y me dijo:

— Mira, Juan: tiene flojo un diente; podría yo arrancárselo, pero se quedará riendo y además le hará falta; no es verdad que es un tesoro esta poliantea de hueso? Siempre me decido á arrancarle el diente flojo; tómalo, guárdalo; es un fragmento de este hermoso libro.

Creo que en esa noche escribió Acuña aquella composición tétrica de la que yo conservo algunos fragmentos en la memoria:

— Oye, ven á ver, las naves
están vestidas de luto,
y en vez de las golondrinas
están graznando los buhos.....

El órgano está callado,
el templo solo y obscuro;
sobre el altar..... y la virgen
¿por qué tiene el rostro oculto?

¿ Ves? en aquellas paredes
Están cavando un sepulcro,
y parece como que alguien
solloza y gime allí junto.

¿ Tú sabes quién es el muerto?
¿ Tú sabes quién fué el verdugo?
Respóndeme y ya no tiembles,
responde: ese niño es tuyo?

Mucho tiempo estuvo á la vista de todos, el curioso cráneo, pero sucedió con él lo que con todo álbum; que no faltó quien se lo llevara para escribir *con todo reposo* y no volvió á aparecer en el cuarto del poeta.

..

Corrieron los años; murió Acuña; el cuarto en que vivía desapareció al modificarse el patio de la Escuela, pocos sabíamos la historia del cráneo y yo conservaba entre muchos vejesterios del pasado, el diente aquel arrancado por la mano del poeta.

Se trasladaron los restos del autor del «Nocturno» del Panteón del Campo Florido, al de Dolores; algunos de sus amigos tuvieron en sus manos el cráneo de Acuña que tan bellas concepciones encerrara y uno advirtió que tenía flojo á punto de caérsele, un diente.

Agapito Silva, lo cogió entre sus dedos y sin esfuerzo ninguno se le quedó en la mano. Sin duda recordando la escena que describo, le ocurrió enviármelo como reliquia de mi amigo tan llorado y con una auténtica, firmada por varios testigos.

Al recibir tan raro obsequio surgieron en mi memoria los recuerdos de la noche en que se inauguró el libro de hueso; pensé en todo lo dicho y sentido entonces, y con los ojos húmedos, el ánimo enfermo, la imaginación poblada de fantásticas visiones, en-

volví aquel diente, lo puse dentro de un sobre y escribí una carta que decía así poco más ó menos :

« Á ti que amaste al poeta, y te cautivaste con su genio, corresponde esta reliquia que ha estado guardada en el sepulcro, cerca de veinte años. De aquella boca encendida y ardiente que fué para ti un nido de arrullos y de ósculos, no queda ya más que polvo, y entre ese polvo los huesos helados que no pueden ser indiscretos. Guarda el que te envió, acércalo á tu corazón y no temas que te sorprenda esa reliquia el más celoso de tus amigos. ¿Quién inquiriere la historia de un despojo nada poético y tan miserable ?

« Guárdalo como algo material de un poeta que te amó mucho, tanto quizás, como á su inmaculado recuerdo y á su fulgente gloria, ama tu antiguo confidente y amigo. »

Iba yo á firmar la carta, cuando una voz me dijo muy alto en la conciencia :

— El amor que se enciende en la juventud, es fugaz y concluye.

— ¿Nada dura en el pecho femenino? pregunté alucinado.

— Y qué — me respondió mi conciencia — ¿no vive aun la madre del poeta?

¡Ah! ¡sí! nadie ama como una madre : Ya sé á dónde puedo mandar esa reliquia !...

RECUERDOS

Al triunfar la República en 1867, el ilustre Juárez, oyendo los sabios consejos de su Ministro de Instruc-

ción pública Don Antonio Martínez de Castro, á quien mucho habían hablado el Doctor Don Gabino Barrera y el Ingeniero Don Francisco Díaz Covarrubias, creó por una ley expedida en 2 de Diciembre de 1867, la Escuela Nacional Preparatoria que se estableció en el antiguo y suntuoso edificio del Colegio de San Ildefonso.

Allí, al comenzar el año de 1868, reunieron á todos los estudiantes del Colegio de Minería, de la Escuela de Agricultura, de los Colegios de San Juan de Letrán y de San Ildefonso, de la Academia de Bellas Artes y á los que cursaban facultad menor en la Escuela de Medicina, resultando más de quinientos internos y algunos millares de externos.

Causó gran extrañeza que obligaran á vivir bajo el mismo techo, á comer el mismo pan y á asistir á las mismas cátedras á jóvenes de opuestos gremios, con razón juzgados como enemigos irreconciliables.

En efecto, en años anteriores cada colegio tenía su uniforme, con el cual asistían los alumnos á las ceremonias civiles y religiosas, seguros de entrar en descomunal combate con los adversarios, pertenecientes á otros institutos. Cada gremio era clasificado con un apodo : los colegiales de San Ildefonso se llamaban « cocheros, » por el frac y el sombrero alto ; los de Minería « lacayos, » por los galones ; los de Agricultura « gañanes, » los del Seminario « mulas, » los de la Academia « albañiles » y los lateranos « conejos. »

Hubo ocasión, como en un Corpus en tiempo del Imperio, en que después de la procesión solemne se fueron á la Alameda los colegiales; allí se formaron en bandos y en seguida emprendieron un descomunal combate á puñetazos, volviendo á sus casas con las narices maltrechas y los ojos morados.

Á todo esto daba lugar el uso del uniforme y se tomó en cuenta para prohibirlo al restaurarse la República

En la Escuela Preparatoria formamos los alumnos fundadores, un Congreso en el que tenían representación todos los Colegios y se convino en que, para lo sucesivo, se borrarían las antiguas denominaciones, se olvidarían las rencillas y solo nos reconoceríamos por el honroso título de « Preparatorianos. »

Los primeros meses de organización de la Escuela, fueron terribles. El crecido número de alumnos, su aglomeración en los dormitorios y en el comedor, las dificultades para clasificar y definir las obligaciones y los ramos que correspondían á cada uno, y sobre todo, la falta de disciplina, causaron constantes escándalos, que sólo la imperturbable serenidad del sabio Barrera y su fe científica en el éxito, le dieron fuerzas para no desesperar de la obra, ni abandonarla en los comienzos.

Éramos tantos los que concurríamos á cada cátedra, que no puedo recordar á todos mis compañeros, ni aun mirando las listas de aquellos tiempos; pero voy á referir un detalle curioso, que dará á conocer lo que influye en el ánimo, el recuerdo de la vida de colegio.

Claro es que de aquella inmensa muchedumbre estudiantil salieron, al correr de los años, hombres que dan gloria á la patria; pero también algunos que torcieron la senda y se encenagaron en los vicios.

Allá por los días en que salí de la capital, en momentos de revolución política, me vi precisado á tomar en Celaya una diligencia que partía para Guanajuato. Yo no llevaba más equipaje que la ropa que tenía puesta en el cuerpo, ni más tesoro que las ilusiones escondidas dentro de mi corazón de joven; pero á mi lado viajaba un señorón rico, cuya maleta iba bien provista de ropa y de objetos valiosos.

No habríamos andado tres leguas cuando salieron los « compadres, » que así se llamaban los ladrones,

y disparando sus mosquetes, nos obligaron á bajar del vehículo.

Estábamos ya de pie sobre el lodoso camino, cuando resonó el grito de « azorrillense, » indicándonos que debíamos arrodillarnos y pegar las frentes en el suelo, para no presenciar el saqueo de los baúles.

Iba yo á cumplir el tiránico mandato, cuando el jefe de la cuadrilla, con la cara cubierta con un pañuelo rojo, que le daba hasta los ojos, y el ala del ancho sombrero caída sobre la frente, vino hacia mí y me dijo con la mayor naturalidad del mundo, como si nos encontráramos en la calle de Plateros:

— Hermano Juan de Dios, ¿que andas haciendo por estos rumbos?

— Ya lo ves, le respondí, con igual confianza; voy para Guanajuato.

— ¿Cuál es tu equipaje?

Iba yo á decirle que no lo tenía, pero mi compañero, el señorón rico, volvió el rostro y me señaló con los ojos una magnífica petaca de cuero que iban á abrir en esos momentos.

Comprendiendo yo lo que deseaba, señalé la petaca y agregué con aparente serenidad.

— Aquella petaquita es la mía.

Entonces el desconocido, jefe de la cuadrilla, gritó con voz sonora:

— Respeten ese baúl que pertenece á este hermano mío.

— Gracias — le dije yo — enternecido, no sé si por su generosidad en salvar del estrago una maleta que no me pertenecía, ó por darme el título de hermano sin que yo conociera las razones de sangre, de amistad ó de ideas que le asistían para ello.

Cuando acabó el saqueo montaron los ladrones en sus magníficos caballos y mi desconocido hermano me dijo, dándome un abrazo.

— Yo estudié contigo primer curso de matemáticas

en la Escuela Preparatoria y nunca me he olvidado de mis compañeros ni de nuestro maestro Chavero. Adiós y que no te vaya mal en el camino.

No pude verle la cara; ni su voz me recordó á algún camarada determinado; ni me atreví á preguntarle su nombre, y cuando me metí de nuevo en la diligencia y los pasajeros comenzaron á darme bromas por la clase de hermano que tenía yo, entregado á aquel oficio, en vano quise adivinar quién sería ni cuál fuera su nombre.

Algunas noches en que me aguijonea este recuerdo, no intento pasar lista á mis compañeros, ni fijarme en sus costumbres y en sus tendencias, para no ofender á alguno, suponiéndole el jefe de aquella cuadrilla de bandoleros.

Acaso mi desconocido haya muerto en un patíbulo como un digno remate de sus hazañas. Acaso viva regenerado y en el seno de un hogar tranquilo lea estas líneas y recuerde el suceso que refiero.

Yo sólo sé, que nunca he sabido quién era, ni me importa descubrirlo, pero me confirmo en la idea de que cada escuela es un nido, del cual salen aves que cruzan con orgullo el cielo azul y diáfano y aves que se recrean en manchar su plumaje en los pantanos.

No en vano, dice Amicis, que de entre todos esos niños, que hoy nos obligan á besarlos por inocentes y hermosos saldrán, corriendo el tiempo, algunos falsarios, ladrones y asesinos que avergüencen á la humanidad con sus crimenes.

EL TINTERILLO DE LA REFORMA

Era yo un rapazuelo de ocho años cuando sucedió lo que voy á referir, tal como se me ha quedado grabado en la memoria.

La noche del lunes 24 de Diciembre de 1860 las campanas de la Catedral de México repicaron sin tregua, celebrando el triunfo de las armas liberales.

Aquel repique duró dos días con sus noches y ya estaban aturridos los habitantes, á la par que asombrados de la tenacidad con que el pueblo solemnizaba la victoria de los que entonces se llamaban *puros*.

El General González Ortega había obtenido constantes triunfos sobre el ejército conservador, en las batallas de Peñuelas, de Silao, en el sitio de Guadalajara y por último, en Calpulalpam, desbarató las tropas disciplinadas de los más notables jefes conservadores, y el pueblo, que lo miraba como protegido del cielo, como favorito de la fortuna, lo saludaba, victoreándolo con febril entusiasmo.

Don Jesús González Ortega no fué alumno de ninguna escuela militar; había servido en humildísima notaría, en población cercana á Zacatecas; se ingirió en los asuntos públicos y cuando todos los personajes de acción y de prestigio en su Estado, desconfiaban de arrollar y vencer al partido que tenía por jefe al indomable y aguerrido Miguel Miramón, él se puso al frente de las legiones populares y, como por encanto, venció y triunfó heroicamente en repetidas campañas, hasta que al fin, derrotando al bravo Miramón en Calpulalpam como lo había derrotado en Silao, entró en la capital de la República cuando el

mundo cristiano solemnizaba el nacimiento del Redentor.

Aquella victoria alarmaba á los próceres, á los privilegiados, á los dueños del dinero, de las garantías, de los fueros y de todo cuanto constituía el rango y la fuerza de las clases altas de nuestra sociedad. Ninguno de los jefes liberales había sido tan afortunado como este soldado novel que principiara su carrera con inesperada victoria, alcanzando, á fuerza de repetidos triunfos, el más alto grado á que puede aspirarse en nuestro ejército.

La Nación entera reconocía á Don Santos Degollado como admirable y constante organizador de legiones guerreras. Nadie como él agrupaba en brevísimo tiempo millares de hombres listos para la guerra, pero nadie era más infortunado en los combates, pudiendo asegurarse que en todos, sólo conquistaba los tristes gajes de la derrota.

La aureola de la gloria que circundaba á González Ortega, despertó envidias y rencillas, de tal suerte, que muchos jefes de escuela y de antecedentes militares, miraban con antipatía al general zacatecano, desdeñándose de llamarlo su compañero y aun de estrecharle la mano.

Acaso alguien previno los ánimos de Don Santos Degollado, de Don Miguel Lerdo de Tejada y de Don Melchor Ocampo, en contra del vencedor de Calpulalpam, asegurándoles que era un advenedizo entregado á los afeites de su persona; un *tinterillo* poseído de un orgullo tan grande como su fortuna.

González Ortega verdadero genio militar, modesto y desinteresado como pocos, sabía cuanto de él murmuraban, pero lo escuchaba con la más profunda indiferencia.

No pocas personas de ilustración y de talento al tratarse de González Ortega se dejaban dominar por la opinión engendrada por las envidias y por las ren-

cillas y se nivelaban con los seres vulgares, aceptando y confirmando la idea de que el vencedor de Peñuelas, el héroe de Silao, el admirable salvador de la Constitución en Calpulalpam, no era más que un *tinterillo* afortunado.

Se comprenderá con cuánta hipocresía los adulaadores incensaban á aquel *tinterillo* desde el instante en que lo vieron entrar con sus fuerzas victoriosas en el mismo palacio donde residió su Alteza Serenísima en años anteriores, y con cuánta bajeza se le inclinaban al verlo subir por las mismas escaleras en que hicieron crujir sus mantos de seda los grandes Caballeros de la orden de Guadalupe y resonaban los sables de los caudillos del antiguo ejército.

González Ortega había brotado del pueblo y sólo contaba con el pueblo. Lo adoraban las chusmas mirándolo como á un semi-dios cuando él les sonreía montado en hermoso caballo alazán; con el ancho sombrero blanco ladeado sobre la negra y rizada cabellera; ostentando en el cuello la corbata roja, símbolo de su causa, y llevando terciado en la espalda un valioso zarape del Saltillo con los colores nacionales.

Los ojos de González Ortega eran oscuros, penetrantes y vivos; denunciando su ardimiento para el combate y su sed de amor ante las damas, pues sabido es que aquel león de los campamentos era un enamorado galán en los salones.

No quiso que sus tropas, agobiadas de tantas fatigas, entraran en la capital de la República sin un previo descanso y determinó que la entrada solemne se efectuara el primero de Enero de 1861, para augurar á su causa y á su patria un año de prosperidades y de bienestar político. En cumplimiento de tal propósito, fué al rayar el nuevo año á ponerse al frente de sus numerosos soldados y entró con ellos en la ciudad de México, por el lado del Poniente,

eligiendo lo que hoy se llama Avenida Juárez.

De las azoteas, de las ventanas, de los balcones henchidos de curiosos, llovían coronas de laurel y de rosas frescas sobre el afortunado caudillo. Muchas de estas coronas, arrojadas por finas manos de damas hermosas, las iba él colocando, una tras otra, en sus brazos que ya se le doblaban sobre el cuello del caballo al peso de tantas ofrendas de triunfo. De uno y otro lado, sus ayudantes le llevaban las coronas que él ya no podía traer consigo, y por todas partes resonaban, entre los ecos entusiastas de las músicas militares y de los cantos del pueblo, los gritos que yo escuché de niño y que no he olvidado con el transcurso de los años.

— ¡ Viva González Ortega ! ¡ Viva el vencedor de Calpulálpam ! ¡ Viva el héroe de Zacatecas !

Y él inclinaba la cabeza sonriendo y abría con trabajo los brazos llenos de laureles, como queriendo estrechar contra su corazón al pueblo que lo saludaba.

Al pasar frente al hotel Iturbide, alzó los ojos á un balcón y distinguió á una persona conocida. Al verla, detuvo el caballo y mandó hacer alto á las tropas. Después dijo á uno de sus ayudantes.

— Suba usted á aquel cuarto, y diga al General Don Santos Degollado, que tenga la bondad de bajar á verme.

El ayudante volvió á poco, diciendo que el General Degollado no podía bajar, porque se sentía algo indispuesto.

— Pues vaya usted á asegurarle — repuso González Ortega — que aquí nos estaremos detenidos el ejército y yo, hasta que él baje á verme.

Transcurrieron algunos instantes, y el General Don Santos Degollado y el General Felipe B. Berriozábal, que le acompañaba, se acercaron á González Ortega, quien dijo conmovido, con voz clara y vibrante :

— Señor General Degollado : enfrente de usted, yo no tengo méritos ni grandezas propias. Yo no soy más que un soldado de fortuna, un militar improvisado á quien la victoria le ha sonreído por casualidad ó por inesperado privilegio del cielo. Usted es un héroe ; un esforzado campeón de la libertad y de la Patria, á quien nunca amedrenta el infortunio ni le hace prevaricar la derrota. Por esto, usted es quien debe entrar en el Palacio Nacional, mandando á estos soldados, que traen ceñidos los laureles del triunfo, en sus frentes tostadas por el sol de los combates, y que reconocen en usted á un héroe, á un apóstol y á un caudillo. Ocupe usted este puesto, señor General, y acepte estas coronas que le corresponden y que yo le transmito en nombre del pueblo y en pró de mi deber y de la justicia.

Acto continuo, suplicó á los Generales Degollado y Berriozábal, que montaran á caballo, y los hizo marchar al frente de la columna.

Así venían por la calle de Plateros, frente al edificio donde estuvo después la paraguitería de Guerin, y volvió González Ortega á detenerse y á ordenar que hicieran alto las tropas.

— Vaya usted — dijo á un ayudante — á llamar á aquellos señores que están en ese balcón, para que también ocupen sus puestos delante de nosotros y al lado del General Degollado.

Los que designó eran, el inolvidable estadista Don Miguel Lerdo de Tejada y el sublime mártir Don Melchor Ocampo.

Ya con esta vanguardia brillante, el vencedor de Calpulálpam llegó á la puerta de Palacio, sin una sola corona, porque se las había repartido á sus ilustres camaradas, diciéndoles :

— Estos laureles pertenecen á ustedes, que han pensado, que han sufrido, que han luchado sin tregua, y no á mí, que soy, por privilegio del cielo, acaso, un